

CON ANDRE MAUROIS EN EL PALACIO REAL DE MADRID

POR EL MARQUES DE LOZOYA

LOS Palacios reales en la vieja Europa no solamente son recintos que han presenciado el fluir de la Historia en sus aspectos más espectaculares, sino que son documentos humanos del más alto valor. Ellos saben la tramoya interna de las tragedias que en sus anales consignan los cronistas. El Palacio Real es el hogar inmenso de una familia colocada en la cúspide de un pueblo, y cada uno de sus salones, de sus muebles y de sus cuadros tienen siempre mucho que contar de vidas que son casos humanos de interés excepcional. Aquellos ambientes de exquisito refinamiento en que se difunde una luz tranquila, velada por los amplios cortinajes, fueron cárcel dorada para unos, y para otros, refugio en la desgracia o estímulo para el triunfo. Muebles y tapices, bronce y porcelanas están empapados de esas *lachrimae rerum* que supo adivinar la sensibilidad agudizada del poeta latino.

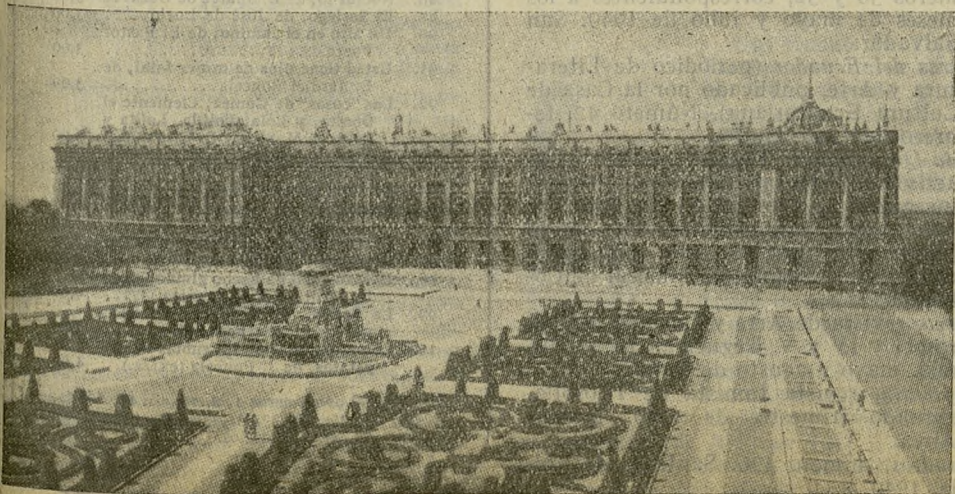
En una tarde de la primavera de 1949 recorrí las estancias del Alcázar madrileño acompañando a M. y Mme. André Maurois, huéspedes entonces de la antigua Corte de las Españas. Pocas veces he recorrido el enorme Palacio de los Borbones con visitantes tan aptos para darse cuenta de las maravillas acumuladas en la mansión desde la cual se gobernaba hasta 1808 un Imperio que comprendía desde el Misisipí al cabo de Hornos por príncipes cuya principal pasión era el arte. El Palacio Real de Madrid es el más suntuoso de Europa y, con el Museo del Prado, el gran valor internacional de la Corte de España. Con el gran escritor que tan finamente ha sabido sintetizar el espíritu de la Historia y con su esposa cruzamos el gran patio de honor y ascendimos por la escalera, de incomparable majestad. Los criados van, a nuestro paso, abriendo los balcones, y la luz de Madrid, ya un poco dorada en aquel atardecer primaveral, se quiebra en las porcelanas y en los metales y se descomponía en cascadas policromas en las arañas de cristal de La Granja. De la plaza de Oriente y de la explanada de la Armería llegaban los cantares de las niñas, que evocaban el paso de la Reina muerta por las calles de Madrid. Alguna vez, las lejanías de El Pardo y de la Casa de Campo, la sierra azul de Guadarrama, aún con nieve en los altos, tenían la prestancia de los fondos de los retratos palatinos.

En la mente de André Maurois aquello evocaba la Francia, maestra de Europa, tanto como Versalles y Fontainebleau. Era la Corte de Felipe V, que el Duque de Saint-Simon ha descrito en páginas que quedaron como modelo de elegante prosa y de inteligente penetración del mundo y de los hombres, y cuyas relaciones con la Corte de Luis XIV y de la Regencia ha descrito el libro de oro de Monseñor Baudoullart. Madame André Maurois recibía con un interés apasionado las noticias que yo podía darle sobre los personajes que dejaron en aquellas estancias la huella de su paso por la tierra. Ella conoce maravillosamente la Historia de España, la de Francia, la de las Cortes de la vieja Europa. Simone André Maurois es hija del autor dramático Gaston de Caillavet y nieta de Madame Armend de Caillavet, que mantuvo en París un salón literario de 1880 a 1910, en los últimos años dichosos de París, poco antes de la Gran Guerra. En torno de Madame de Caillavet se congregaban los vestigios de la generación de fin de siglo: Anatole France, Pierre Loti, Raymond Poincaré. Fué Anatole France quien enseñó a ver la pintura en los museos de París a Simone de Caillavet, que a los catorce años mantenía correspondencia literaria con Marcel Proust. Toda la inmensa tradición cultural que treinta años de catástrofes reiteradas van aventando del ambiente de Europa vive todavía una dama que desde 1926 es la mejor colaboradora de André Maurois.

En la capilla real, donde tenían lugar los más ostentosos desfiles palatinos, González de Amezúa dió para nosotros un concierto inolvidable. El pequeño órgano barroco es una maravilla que a veces adquiere la gracia cortesana de un cuarteto de violines y otras gime y se lamenta con la angustia de un clamor humano. Oímos motetes escritos para Carlos V y Felipe II; oratorios imperiales de Tomás Luis de Vitoria; armonías que para aquel mismo instrumento escribió Scarlatti cuando, bajo el cetro de Carlos IV, se iniciaba la almoneda del Imperio español.

Los visitantes del Palacio Real, cualquiera que sea su condición, suelen contentarse con admirar la pompa de los salones, tapices, porcelanas y armaduras. Muy pocos se detienen en la Biblioteca, que es, en el Alcázar, el recinto más recatado y exquisito. Es una delicia el tener en las manos los libros de horas, cuyas páginas se miniaran para reinas del siglo XV; los ejemplares de impresión perfecta, enriquecidos maravillosamente por los encuadernadores palatinos, cuyos secretos ha revelado Matilde López Serrano. Es allí donde nos detuvimos más largo tiempo: el matrimonio Maurois, comentando jubilosamente cada hallazgo, y yo, admirando la finura y la exactitud de sus comentarios.

Así pasamos una tarde inolvidable. Fueron unas horas pasadas en "Europa," en esta Europa que medio siglo de locuras está derrumbando; en la vieja y auténtica hermandad de naciones gloriosas, de la cual el Alcázar de Madrid, con sus tapices flamencos y sus armaduras alemanas, con sus Tiépolos, sus Mengs y sus Goyas, con sus muebles franceses, es uno de los monumentos capitales de cuya última etapa son ilustres representantes André Maurois y Simone de Caillavet.



ESTOS LIBROS HEMOS LEIDO

Los descubrimientos en el Atlántico

"Ya va siendo hora de que dejen de repetirse con insistencia mecánica todos los tópicos del Colón visionario, de la genialidad sin precedentes, de la hazaña revolucionaria." Estas palabras, que se leen en el nuevo libro del catedrático de Historia de los Descubrimientos, de la Universidad de Sevilla, Dr. Pérez Embid (1), son expresión del íntimo convencimiento de quien entiende que si el descubrimiento de América fué una empresa española, se debió, no como todavía se pretende por algunos, a una mera casualidad, sino a la inexorable continuidad histórica del desarrollo y actuación de la Marina andaluza a lo largo del siglo XV.

La importancia de esta interpretación histórica estriba precisamente en que es fruto de una extensa y profunda etapa de investigación sobre las fuentes, cuyos resultados han quedado plasmados en una serie de importantes estudios, de los cuales forma parte el libro objeto de esta reseña, y que quedará cerrada muy pronto con su anunciada obra sobre *La Marina de Andalucía ante el descubrimiento de América*.

En el libro que acaba de aparecer del doctor Pérez Embid se traza la historia de los descubrimientos castellanos en el Atlántico desde el sugestivo punto de vista de la historia diplomática. Después de establecer una sistemática original de la historia de los descubrimientos geográficos, el autor recorre la línea histórica, que se extiende desde el viaje de los Vivaldi (1291) al Tratado de Tordesillas (1494), distinguiendo tres etapas: una, de navegaciones aisladas, hasta 1340; otra, de tanteos organizados, hasta 1475, y una tercera, de rivalidad política y fundamento científico, hasta 1494. Es precisamente esta última etapa la más sugestiva de todas y en la que se plantea con toda su fuerza la rivalidad hispanoportuguesa, al adentrarse la Marina andaluza en aguas de Canarias y Guinea. La *Bula Romanus Pontifex* de 1454 y el Tratado de Alcaçobas-Toledo (1479-80) son los puntos culminantes de esta dualidad de intereses de las dos potencias peninsulares, que sólo había de terminar de momento (en el siglo XVIII volverá nuevamente a rebrotar alrededor de la colonia del Sacramento) con la delimitación papal del Océano y el Tratado de Tordesillas, en los años finales del siglo XV.

Todavía encontramos un extenso capítulo, en el que se abordan como cuestiones complementarias el problema de la incorporación de las Indias a la Corona de Castilla y el de los límites de la expansión africana de Castilla. Como es sabido, el primero había sido ya examinado por el profesor Manzano como complemento a un valioso estudio del problema de los justos títulos de dominación española en las Indias. Pérez Embid realiza una detallada crítica de la interpretación de Manzano, y, basado en el estudio de la historia marítima del siglo XV, entiende que "las Indias se incorporaron a Castilla por pura ley de gravedad histórico-diplomática". La solución que se impone es un normal y lógico proceso de adjudicación a la Corona, a la que esas tierras correspondían, y tenía su fundamento jurídico en las negociaciones seculares con Portugal. Aragón carecía de derechos reconocidos a cualquier expansión por el Atlántico, y las Indias fueron castellanas, porque tal como se planteó históricamente el problema, sólo castellanas—o portuguesas—podían ser.

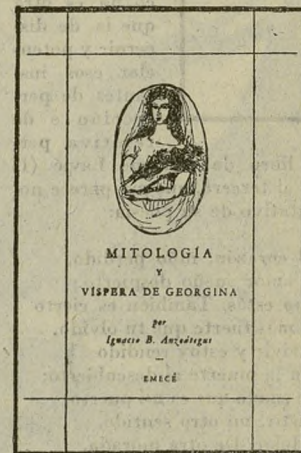
El Dr. Pérez Embid ha sabido no sólo escribir un valioso libro, sino también lograr que reúna belleza y claridad expositiva, mucho más de agradecer por lo complejo del secular proceso histórico y por la rareza de estas cualidades en libros de tan minuciosa investigación. Libro imprescindible para la

(1) FLORENTINO PÉREZ EMBID: *Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellanoportuguesa hasta el Tratado de Tordesillas*. Sevilla, 1948. 370 páginas. Publicaciones de la Escuela de Estudios Hispánicos de Sevilla.

historia de los descubrimientos y para la de las relaciones entre los dos pueblos peninsulares, está además enriquecido con una serie escogida de ilustraciones y unos copiosos índices finales, unido a una edición tipográfica muy cuidada.—ISMABEL SANCHEZ BELLA.

MITOLOGIA POETICA DE ANZOATEGUI.

Corren por la poesía hispanoamericana de hoy dos corrientes de inspiración que determinan su carácter. La inspiración nativista, indígena, telúrica o telúricosurrealista (que todos estos nombres cabe aplicarla) es, probablemente,



la más rica y humanamente vigorosa de las dos. Aspira a la creación de un lenguaje poético propio y a la expresión entrañable de un mundo de sentimientos íntimamente americano. Tal es, por ejemplo, el caso del poeta dominicano Manuel del Cabral, que motivó un comentario nuestro en estas

mismas páginas. La otra tendencia o corriente poética mantiene, en cambio, con la poesía europea, y concretamente ahora con la española, una visible continuidad formal: maneja su misma temática, adopta su idioma lírico y guarda, estilísticamente, estrecha correspondencia con nuestra generación de la Dictadura: singularmente con la poesía de García Lorca, Alberti y Gerardo Diego. Este libro (1) de Ignacio B. Anzoátegui pertenece muy decididamente a este último tipo de expresión artística, y su delgado juego verbal, su ameno ingenio literario, su íntimo acento estético, responden, inequívoca y directamente, a la manera de entender la poesía que algunos poetas tuvieron entonces: en la época, por ejemplo, del Alba del Alhelí y Cal y Canto. He aquí un soneto de Anzoátegui que aclara por sí solo la intención y alcance de nuestras palabras:

PENÉLOPE

Desde su torre de marfil labrado,
Ilustremente luminosa y sola,
Había a la margarita de la ola
La pía decisión de su cuidado.

¿Qué importa el blanco triunfo del ganado
Ni la proclamación de la amapola?
¿Qué la pequeña nube que enarbola
su banderín de viaje sobre el prado?

Sola en su muda castidad agreste,
Suma a la mar su lágrima salada
El breve cielo de la mar celeste.

Y en cifra de esmeraldas y de lises
Teje en hilos de plata enamorada
La cifra de Penélope y Ulises.

La perfección formal de esta viñeta mitológica y la levedad y modernidad de su contenido gongorino declaran su oriundez al mismo tiempo que su belleza. Ciertamente, el poeta no se ha propuesto otra cosa, y lo que ha querido hacer, lo ha hecho con rara maestría, limpidez y virtud artística. Con parejo decoro están escritos los poemas todos de esta amorosa Mitología, y cuando, abandonando verso y rima, se vuelve en la segunda parte de este libro hacia más dentro de sí mismo, Anzoátegui habla a su amada con palabras que, ahora sí, suenan directamente a poesía: "Más que por el lujo de ser felices, nos queremos por la necesidad de ser nos-

(1) IGNACIO B. ANZOATEGUI: *Mitología y vispera de Georgina*. Emecé Ed. Buenos Aires, 1949. 95 páginas.